

Pablo Brescia

Dos escritores y un bebé: ansiedades tecnológicas transamericanas

La ironía no es cosa de broma.

Friedrich Schlegel

No publicaré o divulgaré [mi diseño para submarinos] porque la maldad de los hombres los llevaría a utilizarlos como medio de destrucción.

Leonardo Da Vinci

Yo escribo para el lector que no me entenderá. Ese, para mí, es el lector ideal.

Juan José Arreola

INTRODUCCIÓN: ANUNCIO DISFRAZADO DE TRABAJO ACADÉMICO

Señora y señor amos de casa: en el día de hoy les haré una propuesta que ustedes no podrán rehusar. A continuación, les presento dos productos destinados a revolucionar la sociedad contemporánea: un bebé que funciona como una pila y una máscara de látex que cuando se coloca sobre un rostro infantil simula inteligencia superior a la edad del infante. Estas fabulosas invenciones, útiles tanto para la dama como para el caballero, mejorarán su calidad de vida. Les pido que me escuchen. Prometo dejarlos boquiabiertos.

Juan José Arreola (1918–2001) publicó «Baby H. P.» (*Horse Power*) en 1952. El cuento trata de una estructura de metal que se coloca sobre la espalda de los niños y, botella de Leyden mediante, almacena energía que se usa luego como electricidad. En tanto, el escritor estadounidense George Saunders (*1958) publicó «I Can Speak!™» («¡Hablo!») en el número de verano de 1999 de la revista *New Yorker*¹. El texto describe las características de una máscara que

1 Cito «Baby H. P.» de Juan José Arreola, *Confabulario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, y «I Can Speak» de George Saunders, *In Persuasion Nation*, New York, Riverhead Books, 2006.

en: Wolfram Nitsch/Matei Chihai/Alejandra Torres (eds.), *Ficciones de los medios en la periferia. Técnicas de comunicación en la literatura hispanoamericana moderna*, Köln, Universitäts- und Stadtbibliothek Köln, 2008 (Kölner elektronische Schriftenreihe, 1), pp. 309–320.

«responde a patrones auditivos de manera tal que hace que el bebé parezca de más edad que la que tiene» (p. 3)². En este trabajo me propongo analizar algunas de las repercusiones de lo que ocurre cuando la literatura representa lo que se ha dado en llamar la «condición tecnológica», intentando contemplar en estos textos tanto el horizonte sincrónico como el diacrónico. Mi planteamiento sugiere que los dos relatos sirven como casos para estudiar la representación literaria de los efectos que conlleva el paradigma del progreso y nos informan sobre la relación entre arte y tecnología en diferentes momentos del siglo XX. En primer lugar, me interesa explorar los modos literarios con los que tanto Arreola como Saunders construyen la representación de la tecnología. En segundo lugar, trataré de reflexionar sobre las consecuencias éticas de situaciones donde la ficción puede hacerse realidad. Presento las piezas del rompecabezas, entonces.

PIEZA 1: ESTRATEGIAS LITERARIAS

Arreola contribuyó decisivamente a la renovación de la narrativa mexicana y latinoamericana, en especial al género cuento, a partir de sus libros de cuento *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952). La crítica ha clasificado la diversidad de estas colecciones en cuatro áreas; centraré mi atención en una de ellas, definida a partir del cuestionamiento a las convenciones sociales y a la idea del progreso que plantea la poética de Arreola. Es allí donde generalmente se inserta el texto del que me ocupo³.

Además de ser pedagógicamente dúctil y, por tanto, asiduamente utilizado por manuales de literatura y lengua, «Baby H. P.» ha sido incluido en varias antologías de cuento mexicanas, latinoamericanas e internacionales; la más reciente puede ser *Cosmos Latinos: An Anthology of Science Fiction from Latin America and Spain* (2003)⁴. A pesar de esta ubicuidad, mi investigación no ha encontrado hasta ahora trabajos críticos dedicados exclusivamente al cuento. Los comentarios generales sobre él, visto siempre a la luz del *corpus* narrativo del escritor mexicano, señalan el gusto de Arreola por las situaciones absurdas y el humor negro, el ingenioso formato que presenta el texto y la crítica a la sociedad de consumo representada por la compañía estadounidense que fabrica el producto.

Voy a detenerme en el comienzo del cuento para ilustrar la argumentación propuesta. «Señora ama de casa: convierta en fuerza motriz la vitalidad de sus niños. Ya tenemos en venta el maravilloso Baby H. P., un aparato que está llamado a revolucionar la economía hogareña» (p. 144). A partir de este primer párrafo, podemos hacer tres observaciones para encuadrar nuestro análisis:

2 Todas las traducciones son mías.

3 Las otras tres son: (1) El enfoque en las relaciones con la mujer; (2) la preocupación por cuestiones teológicas y morales; (3) la reflexión sobre el arte, la creación y la enseñanza.

4 Andrea L. Bell/Yolanda Molina-Gavilán (eds.), *Cosmos Latinos: An Anthology of Science Fiction from Latin America and Spain*, Middletown, Connecticut, Wesleyan University Press, 2003.

1. El formato del texto se asemeja a un anuncio impreso, radial o televisivo. Dado que el discurso de la mercadotecnia tiene una naturaleza persuasiva, si el propósito de un anuncio es informar sobre un producto y convencer al posible comprador de sus cualidades, «Baby H. P.» se inserta en este paradigma discursivo al intentar seducir al cliente mediante un aparato que funciona como almacén de energía infantil.

2. Este cuento puede leerse como un relato de ciencia ficción. Aquí me baso en la definición de ciencia ficción que ofreciera Darko Suvin en 1979: «Un género literario cuyas condiciones suficientes y necesarias son la presencia e interacción del extrañamiento de los procesos cognitivos y cuyo recurso formal más saliente es la presencia de un encuadre imaginario distinto a la realidad empírica del autor»⁵. Más precisamente, «Baby H. P.» puede verse como los que los especialistas del género llaman «gadget story», definido por Lambourne, Shallis y Shotland en *Close Encounters? Science and Science Fiction* como relatos que usan la ciencia para fundamentar la existencia de aparatos y de procesos técnicos. Estos textos por lo general se apoyan en un discurso científico imaginario, aunque no quita que algunos de sus supuestos se conviertan en realidad⁶. Volviendo al «extrañamiento cognitivo», este concepto aparece con frecuencia en los estudios sobre la ciencia ficción y refiere al efecto des-familiarizador de un texto que, paradójicamente, está unido al mundo empírico por el «efecto de realidad» de sus detalles. Esta idea es útil para el desarrollo de mi argumentación, ya que, por un lado, liga el texto de Arreola con un tipo de ciencia ficción especulativa (una narración que funda mundos imaginarios sobre los existentes a partir de medios racionales o cognitivos)⁷ y, por otro lado, se relaciona con el tropo en el que se basa «Baby H. P.».

3. El texto despliega sus mecanismos desde la ironía. En un nivel básico, podemos describir la ironía como una discrepancia implícita entre lo que se dice y lo que se significa. Por lo pronto, estoy dejando conscientemente de lado la idea de ironía romántica para favorecer la etimología de la palabra: *eironeia* se refiere a «aquel que dice algo que no piensa en realidad» o a «aquel que cubre sus pensamientos con palabras». Como indica Pere Ballart en su magnífico estudio sobre la ironía literaria, *eiron* era el personaje modesto en el teatro griego antiguo que aparentaba adular a su jactancioso contraparte *alazon* cuando en verdad lo ridiculizaba. Mientras tanto, *eiron* escondía sus virtudes y

5 Gary K. Wolfe, *Critical Terms for Science Fiction and Fantasy. A Glossary and Guide to Scholarship*, New York, Greenwood Press, 1986, p. 111.

6 Robert Lambourne/Michael Shallis/Michael Shortland, *Close Encounters? Science and Science Fiction*, Bristol/New York, Adam Hilger, 1990, p. 46.

7 Serendipia: la novela *The Space Merchants* que tiene como uno de sus espacios el continente latinoamericano y la definición más famosa de la ciencia ficción (la de Isaac Asimov, que indica que «es la rama de la literatura que trata del impacto de los avances científicos sobre los seres humanos» (Wolfe, *Critical Terms for Science Fiction and Fantasy* (n. 5), p. 109), es de 1952. (Frederik Pohl/Cyril M. Kornbluth, *The Space Merchants*, New York, Ballantine, 1952). Para más información sobre el debate entre ciencia ficción dura vs. especulativa, cf. Marleen S. Barr/Carl Freedman (eds.), *Science Fiction and Literary Studies: The Next Millennium*, en: *PMLA: Publications of the Modern Language Association of America* 119 (2004), n° 3, pp. 429–546.

su sabiduría; Sócrates usaba esta estrategia⁸. Para nuestra propuesta, son provechosas las ideas de inversión semántica (una palabra significa su opuesto) y de escamoteo. Dicha dualidad es congruente con el concepto de lo familiar-que-se-desfamiliariza evocado por el extrañamiento cognitivo en la ciencia ficción. En el cuento de Arreola, la necesidad de una lectura irónica debe ser aprehendida desde el inicio. En verdad, leemos el cuento contra el discurso mercadotécnico; no nos convence el anuncio, pero igual jugamos a que nos convence y le guiñamos un ojo al narrador.

Desarrollemos nuestras observaciones anteriores. En primer lugar, ¿cómo intenta persuadir «Baby H. P.»? Desde el comienzo establece un pacto de entendimiento con su público, las «amas de casa». La mayoría de los anuncios que vemos por televisión nos enrostran: «¿Está cansado de estar gordo?» o, si lo adaptáramos a nuestro contexto, «Ud., ¿no quisiera convertir la energía de su niño en algo provechoso?». Este uso del «ud.» universal es clave para el discurso del *marketing* ya que tiene la fuerza ilocucionaria, diría John Austin, de establecer un pacto exclusivo y casi íntimo con la audiencia. El anuncio le habla a millones de personas, pero habla de tu problema. La apelación a la utilidad del producto — es decir, la conversión de algo que no tiene valor de uso a algo que sí lo tendría — explota la expectativa común en sociedades de alto desarrollo técnico.

En segundo lugar, la única referencia específica a la ciencia se comunica de manera altamente significativa: la energía del niño será transformada en «fuerza motriz» (p. 144). La palabra «fuerza» ligada a un término técnico subraya el contexto científico, mientras que la asociación entre caballos de fuerza y los bebés pone de manifiesto el aura de ficción en el texto de ciencia ficción, y produce el efecto irónico. Hay que aclarar que tal como Arreola describe la invención no sería posible, ya que la energía del niño es cinética y no estática. ¿Será esta una señal del atraso tecnológico en América Latina?

¿Cómo es, entonces, que funciona la ironía en «Baby H. P.»? Aquí se nos invita a ingresar al universo de Arreola. Con frecuencia, el escritor mexicano redacta sus textos como si fuera un científico loco o, por lo menos, obsesivo, y lleva una idea hasta sus últimas consecuencias. Durante ese proceso, yuxtapone códigos culturales y, por consiguiente, significados. En este texto combina el formato del anuncio publicitario, el contexto tecnocientífico y la ironía para darnos a beber un cocktail explosivo: la idea de que los niños pueden ser usados como herramientas para el progreso de la sociedad. La unión de dos términos que no se llevan bien juntos (niño/herramienta), casi conforma un oxímoron y produce un efecto siniestro y de absurdo; así, el cuento representa algo que no existe pero que podría existir. Casi inmediatamente cobra fuerza la necesidad de la lectura irónica y experimentamos una sensación de *eureka*: «¡Ah! En realidad no quiere decir esto, quiere decir lo otro...» En el lector recae la tarea de reconstruir semántica y pragmáticamente la intención significativa de aquel que emite el mensaje.

8 Pere Ballart, *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Valencia, Sirmio, 1994, pp. 40–41.

Hay varias combinaciones del *marketing*, ciencia ficción e ironía a lo largo del texto. La representación literaria del discurso mercadotécnico logra el «efecto de lo real»: la descripción positiva del producto — Baby H. P. otorga «útiles segundos de tromba licuadora»; el usual desligamiento de responsabilidades de la compañía — los rumores sobre posibles electrocuciones son «completamente irresponsables» ya que no pueden ocurrir accidentes si se siguen las instrucciones — y el énfasis en la conveniencia — «El Baby H. P. está disponible en las buenas tiendas en distintos tamaños, modelos y precios». Las referencias a la ciencia y a la tecnología se combinan con la tendencia que tiene Arreola de escribir a partir del «como si» de la filosofía y llevar una idea hasta últimas consecuencias. Por ejemplo, una ventaja impensada que tiene el invento es que mejora la autoestima de los niños, ayudándolos a establecer y superar sus propias marcas de acumulación energética. «Para este fin», sigue el anuncio, «se recomiendan las golosinas azucaradas, que devuelven con creces su valor. Mientras más calorías se añadan a la dieta del niño, más kilovatios se economizan en el contador eléctrico» (p. 145). La yuxtaposición de un lenguaje técnico — «kilovatios», «contador eléctrico» — y el concepto de análisis de costo hace que el choque contra la creencia popular sea dramático. Cualquier padre ha experimentado en carne propia que los niños y el azúcar juntos dan dolores de cabeza. Al proponer al azúcar como una ventaja por medio de la innovación tecnológica, el cuento y el anuncio pierden credibilidad en el plano literal, ya que se convierten en utopías irrealizables, ¿o no?

En cuanto a Saunders, estudió ingeniería geofísica y recibió una maestría en escritura en la Universidad de Syracuse. Ha publicado *CivilWarLand in Bad Decline* (1996), *Pastoralia* (2000), *The Very Persistent Gappers of Frip* (2000; literatura infantil), y *The Brief and Frightening Reign of Phil* (2005; una versión distópica de la administración de George W. Bush). Sus últimos dos libros son *In Persuasion Nation* (2006, relatos; allí encontramos «I Can Speak!™») y *The Braindead Megaphone* (2007, ensayos). La compiladora de los relatos de la antología *The Burned Children of America*, Zadie Smith lo llamó en su introducción «el rey de la comedia corporativa»⁹. Hay diferencias pero también similitudes entre «Baby H. P.» y «I Can Speak». Podría decirse que éste último texto participa de la tríada *marketing*/ciencia ficción/ironía propuesta por el de Arreola. El formato en este caso no es un anuncio sino una carta escrita por Rick Sminks, representante de la compañía KidLuv Inc. que contesta un reclamo de una cliente que ha retornado su I Can Speak 1900.

El centro de mi presentación es el texto de Arreola y traigo a colación el de Saunders para ver una variante contemporánea en la representación literaria de la tecnología. La carta contiene una curiosa mezcla de discursos: el corporativo y el personal. Sminks dice: «Aquí en KidLuv creemos que I Can Speak es una innovadora herramienta educativa que, si se usa con la apropiada supervisión de los padres, ofrece una gran oportunidad de desarrollo para los niños» (p. 3). Como dice Smith, el lenguaje de este texto «está siempre sujeto a

9 Dave Eggers/Zadie Smith (eds.), *The Burned Children of America*, Lincoln/London, Hamish Hamilton, 2003, p. xvii.

ciertas ideas sobre una conducta «apropiada» o «profesional»¹⁰. Por otra parte, Sminks escribe durante su hora de almuerzo, lo que parece otorgarle cierta libertad de acción: le aclara al cliente que está usando su tiempo y no el de la compañía, le critica sus expectativas irrazonables y le comenta que su propio hijo usa la máscara.

El relato podría considerarse un «gadget-story», pero agrega un componente a lo que Arreola planteaba en los años cincuenta: en este caso, y de manera consecuente con los tiempos que corren, la invención no se basa en la fuerza motriz sino el simulacro de una mejor comunicación. Mediante actualizaciones constantes y un complejo sistema que incluye labios simuladores, 5000 circuitos y 390 partes movibles, la promesa de un perfectible I Can Speak puede concretarse. El filo irónico del cuento de Saunders es menor que el de Arreola. Hoy reconocemos más evidentemente el juego que propone Saunders y sonreímos cuando el representante de la compañía declara: «La verdad es que es divertido cuando usted y sus amigos-sin-hijos están jugando a las cartas y su bebé exclama de repente: «ES POSIBLE QUE TODAVIA NO COMPRENDAMOS LA RELEVANCIA DE LOS DESCUBRIMIENTOS DE EINSTEIN»» (p. 6). Esta cita subraya un sobreentendido que no se oculta demasiado: el asunto no es mejorar al vástago; la cuestión es aparecer (y parecer) como más interesante para los amigos.

PIEZA 2: IDEOLOGÍAS Y TECNOLOGÍAS

Luego de repasar la arquitectura de estos cuentos, quisiera reflexionar sobre sus bases ideológicas. En el caso de «Baby H. P.», el cruce de discurso mercadotécnico, ciencia ficción e ironía descubre la «ansiedad de progreso» que afectó a varios escritores latinoamericanos en los años cincuenta. En una región que se ha descrito como simultáneamente pre-moderna, moderna y pos-moderna, los artistas se sentían atraídos hacia las innovaciones científicas y técnicas de la modernidad. Si bien Rubén Gallo ha demostrado en *Mexican Modernity* la atracción del llamado de la utopía tecnológica para algunos artistas mexicanos en las primeras décadas del siglo XX¹¹, había otros que mostraban recelo ante un avance totalizador de la técnica. Con frecuencia esos sentimientos convivían en el mismo artista. Recordemos que en los años del gobierno de Miguel Alemán (1946–1952) ocurre el mayor desarrollo del llamado milagro mexicano, con una fuerte inversión e intervención política en infraestructura industrial que lleva a la transformación del país. A esta ansiedad, se agregaría la «ansiedad del capitalismo» que refiere más específicamente a los abusos tecnológicos en pos del superávit dentro de un sistema totalizante de prácticas culturales. Así, es imposible no pensar en este contexto cuando el cuento de Arreola nos dice que «las familias numerosas pueden satisfacer todas

10 *Ibid.*, p. xviii.

11 Rubén Gallo, *Mexican Modernity: The Avant-Garde and The Technological Revolution*, Boston, MIT Press, 2005.

sus demandas de electricidad instalando un Baby H. P. en cada uno de sus vástagos, y hasta realizar un pequeño y lucrativo negocio, transmitiendo a los vecinos un poco de la energía sobrante» (p. 144). Es claro que, aunque en principio el invento puede no ser tan maligno, a partir de aquí la lectura irónica revela los peligros de una proposición como esta en una sociedad abocada a las ganancias y el consumo.

Las ansiedades que trasunta el cuento de Arreola ¿son transamericanas y pueden aplicarse también a Estados Unidos y Europa? Si convenimos en que sí, ¿cuáles serían las diferencias en la manera de percibir la función de la tecnología en Latinoamérica y en Estados Unidos, por ejemplo? En *This Rough Magic. Technology in Latin American Fiction*, Jane Robinett puntualiza que muchos ciudadanos latinoamericanos ven la tecnología como algo impuesto desde fuera y notan una gran distancia entre el uso de la tecnología y la gente que tiene poder de decisión sobre dichos usos¹². Aquí cabe anotar que la obra de teatro de Karel Čapek *R.U.R.* (Rossum's Universal Robots), de donde deriva la palabra «robot», demuestra, como dice Michael Phillips que «bajo el sistema capitalista el mercado determina cuáles son las tecnologías que se desarrollan y utilizan. Y, por lo general, éstas son las que responden a las necesidades y deseos de personas en organizaciones con riqueza y poder»¹³. Dado que los conceptos que la tecnología incorpora al lenguaje y a la cultura (eficiencia, velocidad, regularidad, potencial de predicción, control, estandarización) también pueden sentirse foráneos en Latinoamérica — en un nivel esencialista y básico, lo admito — la necesidad crítica aparenta ser más urgente. Sin embargo, concuerdo con Jerry Hoeg cuando indica que la posibilidad de volverle la espalda a la enmarcación (*Gestell*, en terminología de Heidegger) que conlleva la tecnología «no implica la falacia arcaica de trascender la técnica mediante un retorno a una supuesta «tecnoinocencia», sino más bien la superación de nuestra relación con la técnica a través de una nueva codificación de la relación entre la naturaleza, la sociedad y la técnica»¹⁴.

Los conceptos de eficiencia y velocidad son aceptados casi naturalmente en los Estados Unidos. Así, la dependencia tecnológica en ese país es mayor que en otros y tal vez sea por ello que la economía necesita de la usina consumista. Por esta razón, el protagonista del texto de Saunders no proyecta una resistencia pero igual demuestra ansiedad, aunque es una ansiedad diferente a la de «Baby H. P.». En *Philosophy of Technology*, Frederick Ferré comenta que cuando se evalúa un nuevo producto las determinaciones sobre ventajas y desventajas se basan en análisis binarios de costo-beneficio y riesgo-beneficio; para Ferré esto devela que hay «una inclinación a favor de lo mensurable y lo vendible» en este método¹⁵. La interrogación de Arreola sobre los efectos de la

12 Jane Robinett, *This Rough Magic. Technology in Latin American Fiction*, New York, Peter Lang, 1994.

13 Michael Phillips (ed.), *Philosophy and Science Fiction*, Buffalo, Prometheus Books, 1984, p. 299.

14 Jerry Hoeg, *Science, Technology, and Latin American Narrative in the Twentieth Century and Beyond*, Bethlehem, Lehigh University Press, 2000, pp. 22–23.

15 Frederick Ferré, *Philosophy of Technology*, New Jersey, Prentice Hall, 1988, p. 81.

tecnología cuestiona los valores de una sociedad futura que dependa de ella mientras que Saunders revela las fallas en sus mecanismos. Aunque el cliente siempre tenga la razón, en realidad puede que esté siempre equivocado. Como dice el texto del norteamericano: «siempre me rompe el corazón cuando no se entiende bien el producto» (p. 9).

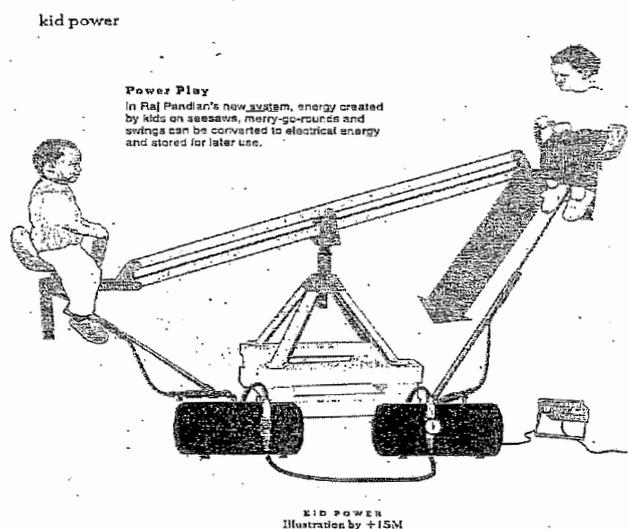
PIEZA 3: BIENVENIDOS A NUESTRA REALIDAD

Hasta ahora mi propuesta estaba basada en tomar sendos textos literarios de dos escritores que tienen inclinación a cuestionar el progreso para estudiar la tensión entre avances tecnológicos y preocupaciones humanistas. Pero si como indica Catherine Kerbrat Orecchioni la ironía es, en su nivel más básico, hacer una broma, descalificar o burlarse de alguien¹⁶, ¿por qué no aceptar que «Baby H. P.» y «I Can Speak» son dos bromas elaboradas, obviamente con un sesgo crítico y un tanto perversas, pero igualmente textos que evocan una sonrisa balsámica que nos retorna de los confines de la ciencia ficción a una realidad donde no existen los tecnobebés? Porque quizá el remate de estas bromas no sea tan gracioso como suponemos.

Aquí está la última pieza, por ahora, del rompecabezas. Desde el año 2001 *The New York Times Magazine* publica un número especial titulado «Las Ideas del Año» que comenta sobre las últimas novedades en grandes y pequeñas ideas. El 14 de diciembre del 2003 y bajo el subtítulo de «Kid Power» («El poder de los niños» o «Energía infantil») se dio noticia de una invención de un profesor de ingeniería y ciencias de la computación en la Universidad de Tulane, Raj Pandian. Este invento almacena la energía de los niños en pequeños tanques y luego la convierte en electricidad que se acumula en pilas.

Resumo los puntos salientes del artículo. La mayoría de las personas se preguntan sobre los niños, ¿de dónde sacan toda esa energía? mientras que Pandian se preguntó ¿cómo puedo convertir esa energía en otro tipo de energía? Demostró su invento en los subibajas, pero se adapta a calesitas y columpios; media hora de subibaja generaría electricidad suficiente para operar una computadora portátil por 20–40 minutos. Pandian considera su invento como una fuente limpia y confiable de energía y está usando a su propio hijo en sus experimentos. La gran diferencia entre este artículo y los textos de Arreola y Saunders es, obviamente, que estos últimos son escritos de ficción, mientras que el artículo reporta una realidad ya que el invento estaba siendo patentado. Pandian no coloca el aparato en el cuerpo del niño, mientras que Arreola y Saunders sí lo hacen. Salvada esta diferencia, las semejanzas son asombrosas.

16 Catherine Kerbrat Orecchioni, «La ironía como tropo» (1980), en: *De la ironía a lo grotesco (en algunos textos literarios hispanoamericanos)*, México, UAM-Iztapalapa, 1992, pp. 195–221.



«Kid Power», en: *The New York Times Magazine*, December 14th, 2003, section 6, p. 80.

Casi como si estuviéramos en Tlön, la ficción se ha transformado en realidad. Al leer este artículo mi incredulidad no recaía sobre el invento sino sobre el hecho de que la idea de Arreola, diseñada literariamente como una sátira humorística sobre los posibles excesos de la tecnología y los efectos adormecedores de la publicidad en una sociedad capitalista, se había hecho realidad. Me pregunté: ¿Existe la ironía en el artículo periodístico? ¿Un significado más allá del texto, un sentido que el lector debe decodificar? Por lo pronto, no se ha propuesto ninguna lectura irónica de él; sólo existe el sentido literal. Si sólo existe ese sentido literal, me alivia saber que la propuesta que hiciera Jonathan Swift en 1729, donde el escritor irlandés proponía la canibalización de los niños como alternativa contra el hambre, no se concretó. O tal vez aquí sí echemos mano a la ironía romántica y veamos el lenguaje como el imperio de la ironía, un lenguaje que acepta la brecha insalvable con el mundo y restaura la fluidez y productividad en la vida. Como dice Schlegel en el fragmento 42 de los *Fragmentos del Liceo*, la ironía, que no es cosa de broma, es la «lógica de la belleza» y contiene, como declara en el fragmento 37, su auto-creación, auto-limitación y auto-destrucción, y abre posibilidades infinitas de perspectiva y significado¹⁷. Si aplicamos las tres dimensiones actuales de la ciencia ficción a este invento de Pandian, los creyentes en la utopía lo celebrarán y se entusiasmarán con las posibilidades de mejorar las políticas energéticas; los partidarios de la «nueva ola» serán cuidadosos y preferirán trabajar sobre

17 Friedrich Schlegel, *Charakteristiken und Kritiken I (1796–1801)*, ed. Hans Eichner, München/Paderborn/Wien, Schöningh, 1967 (Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe), t. 2, pp. 151–152.

nuestro mundo actual tratando de regular el invento y los integrantes del grupo de la fantasía se mostrarán desesperados al ver una muestra más de la inexorable perdición del mundo y se retirarán a sus tierras imaginarias»¹⁸.

Hay más temas y preguntas, claro. En primer lugar, aparece el tema de la identidad. Está presente en Arreola (¿Pedro es el mismo con y sin la botella en su cuerpo?) y en Saunders, ya que Peter/Pedro no es el mismo sujeto con la máscara puesta, pero diría que no parece tan evidente en la invención de Pandian. Cabe mencionar aquí una serie de conferencias que Jürgen Habermas reunió bajo el título *The Future of Human Nature* (2003) Aunque su preocupación es las consecuencias de lo que llama «eugenesia liberal», creo que podrían extrapolarse algunas consideraciones para nuestro debate. Habermas indica que, tanto las doctrinas metafísicas — religiosas o no — como la tradición humanística expresan un entendimiento de la naturaleza humana que es consistente con una moralidad autónoma. Sin embargo, tanto desde las páginas o imágenes de la ciencia ficción como de las páginas de las revistas científicas especializadas o los laboratorios, la instrumentalización de la naturaleza humana rompe con la división tradicional entre lo orgánico y lo artificial. Para Habermas, esto resulta en que el autoentendimiento ético de nuestra especie cambia de manera tal que no podremos vernos ya como seres libres de actuar éticamente o individuos que actúan en el mismo plano moral guiados por normas y razones¹⁹. Los dos textos plantean el problema de la moralidad ligado a la máquina, como sugiere Habermas.

Otra pregunta clave en el contexto de fricción entre tecnología y naturaleza humana es por qué el paradigma utilitario debe imperar siempre en cuestiones de avance técnico. ¿Utilidad para qué o para quién? De lo anterior surge un interrogante: en este contexto, ¿los niños son una molestia? Para Pandian, son un medio para un fin; en el cuento de Arreola (y nótese el lenguaje) hay un énfasis en la conversión del «agobiante ajeteo de sus hijos» y de sus «rabieta[s] convulsiva[s]» en energía útil y en el cuento de Saunders, uno de los aspectos más convincentes del producto, es que «de repente su bebé ya no está sentado diciendo <gu gu gu> mientras examina un pedazo de su propia caca en su dedo pulgar» (p. 6).

Un tema que también surge de esta discusión es el del cuerpo como sitio para la experimentación, ya no sólo en la ciencia ficción sino en la realidad científica. En los últimos treinta años, se ha creado un debate continuo sobre los cyborgs y los tecnocuerpos; las ideas de Donna Haraway, creadora del manifiesto cyborg en 1985, son apropiadas en este contexto que habla de la integración de sistemas naturales y artificiales y pone en crisis sistemas de identidad tradicionales²⁰.

18 William Sims Bainbridge, *Dimensions of Science Fiction*, Cambridge/London, Harvard University Press, 1986, p. 220.

19 Jürgen Habermas, *The Future of Human Nature*, Cambridge, Polity Press, 2003, p. 40–42.

20 Donna Haraway, «A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century» (1985), en: D. H., *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, New York, Routledge, 1991, pp. 149–181.

Finalmente, habría que mencionar la cuestión más urgente tal vez: ¿quién regula la labor y el juego de los niños? ¿Es ético hacerlo? Según el texto de Arreola, los niños deben usar el arnés todo el día e inclusive en la escuela, «para que no se pierdan las horas preciosas del recreo, de las que ellos vuelven con el acumulador rebosante de energía» (p. 145). Increíblemente, Pandian dice que la energía en cuestión es gratis, o sea, cualquiera puede apoderarse de ella, y planea instalar el aparato en los patios de las escuelas. Saunders, en cambio, da otra visión del asunto, dado que con el I Can Speak, el niño se utiliza para mejorar la imagen del adulto.

POLÍTICAS DEL ZOOLÓGICO

Me pregunto si seguimos boquiabiertos y no precisamente por la inclinación a comprar los productos que intentaba «vender» en el principio. Para una gran parte de la población de nuestro planeta, la tecnología se ha convertido en el medio principal mediante el cual experimentamos la existencia. ¿Estamos de acuerdo con el inicio de *El cuerpo transformado. Cyborgs y nuestra descendencia tecnológica en la realidad y en la ciencia ficción*, donde el ingeniero industrial devenido en narrador Naief Yehya comenta:

De todas las fantasías y las pesadillas que — imaginábamos — nos aguardaban en el año 2000 una, ciertamente, se ha cumplido: la humanidad es una especie en extinción. En su lugar, la sociedad telemática o posthumana se redefine diariamente mediante la alta tecnología y poco a poco se materializa la posibilidad de crear vida inteligente no biológica²¹.

¿O con lo que declara John Paul Russo en *The Future Without a Past: The Humanities in a Technological Society*?

Al existir en un vacío y no recibir apoyo del medio cultural, hoy las humanidades no pueden sostener la responsabilidad que alguna vez se impusiera sobre ellas: otorgar valores, guía y estímulo. La técnica ha tomado el timón, al establecer parámetros y alternativas y servir de inspiración... En los 500 años de existencia de las humanidades en la academia, nunca había sido tan desventajoso ser un humanista, intelectual, social y culturalmente²².

Mientras la humanidad se debate con los problemas que conlleva el paradigma cultural de occidente basado en la productividad y la eficiencia, la condición tecnológica sigue cobrando relevancia. En su ya clásico ensayo «La cuestión de la tecnología» de 1954, Martin Heidegger sostiene que la tecnología debe ser

21 Naief Yehya, *El cuerpo transformado: Cyborgs y nuestra descendencia tecnológica en la realidad y en la ciencia ficción*, México, Paidós, 2001, p. 11.

22 John Paul Russo, *The Future Without a Past: The Humanities in a Technological Society*, Columbia/London, University of Missouri Press, 2005, p. 22.

entendida desde la relación de los seres humanos con el mundo y la define, en su esencia, no como un medio sino como un modo de revelación ontológica cuyo rasgo esencial es la enmarcación (*Gestell*). Si no podemos pensar fuera de la tecnología, aduce Heidegger, no podemos tener una relación libre con ella²³. En 1979, Hans Jonas se preguntaba, pensando sobre todo en los avances de la genética y la biología: «¿Estamos tal vez en el umbral de una tecnología [...] que tiene al hombre como su objeto?»²⁴. Más adelante indicaba: «Una tarea de la ética de la tecnología es justamente preservar el espacio donde esa misma ética opera»²⁵.

¿La humanidad evoluciona o se extingue, o estamos hablando de sinónimos? De cualquier modo y si nos convertimos en guardianes de nosotros mismos en un zoológico donde una especie — la humana — está mutando aceleradamente, podemos pensar en la literatura como una de las maneras de preservar ese espacio ético desde donde pensar la tecnología. Podemos cerrar a manera de fábula entonces y decir que, a veces, la literatura, aparentemente lenta en su anacronismo de resistencia y cuestionamiento, de repente da un salto desde su libertad y deja atrás a la realidad, que cojea bajo el peso de sus maravillosos aparatos.

23 Martin Heidegger, «The Question Concerning Technology», en: Robert C. Scharff/Val Dusek (eds.), *Philosophy of Technology. The Technological Condition*, Malden, Blackwell, 2003, pp. 252–264.

24 Hans Jonas, «Toward a Philosophy of Technology», en: Scharff/Dusek (eds.), *Philosophy of Technology* (n. 23), pp. 191–205, aquí: p. 199.

25 *Ibid.*, p. 203.